Pinturas negras

La necesaria mirada africana a los estragos de la trata nos hace diferentes. Y diferentes son los cantos de los pájaros, los duendecillos del cerebro y el ahora es ahora. Ritos, tradiciones, creencias, supersticiones y todas las paradojas se suman, en una de la noche más cortas del año, haciéndonos gemelos en esta transición del sin parar, donde unos entran y otros salen, sin saber muy bien si ir despacio o deprisa.

Yo mismo he necesitado unos días para no ir disparatadamente a los muros del dolor, si bien, la subasta del Picasso y la cuarentena inversa que me lleva cegando en este *marketing* de guerrillas para gentes independientes como yo, me hacen sentir la mitad de mi cuerpo, y debo salir de este legado incierto. El precio de mi libertad me ha permitido tomarme hace escasas horas un helado en lo alto de la alberca de esa parcela que me esclaviza. Era algo así como un gran fantasma con mocasines negros, pero con la ventaja de no haber domótica alguna en ese campito, sí, otras físicas. El agua corría por la llave de paso que le acababa de abrir a esa supuesta piscinita de la nada, que lo habrá de parecer durante un par de meses y algo seguramente. El gresite que hace años se le insertó en las paredes, sustituyendo las superficies plásticas por otras mejor adornadas, como todo con el paso del tiempo, ha cedido y requiere del capitalismo de ir trabajándolas continuamente, año tras año, para que no se destruya esa impermeabilización en su totalidad. Ya el verano pasado lo pedía a gritos, pero no estaba para darme a la cofradía de las chapuzas. Hoy, tampoco me sentía invencible. El gesto de la nata y el chocolate derritiéndose en mi boca estaba forzado. Rondaban las nueve de la

noche y el pacto de silencio únicamente lo burlaba ese escurrir que encharcaba la tierra por el reguero que días atrás laboreé. Y casi que me daba igual que se desbordase la acequia. Son días de forja, de experiencias, de aprendizaje… mandan los silencios, lugartenientes de todos los espionajes.

Estoy seguro que cualquiera de las plantas que allí conviven me han sentido como un hombre de plástico en esa última visita, el caso es que me convenía saber qué condiciones poner y cuáles no. Necesitaba cierta abstracción y creer en el principio de confianza legítima con algún que otro ser… Se dice que quien acepta un chantaje pierde su libertad, si bien, manejar los tiempos de cualquier forma desorienta... Son tantos los peligros de la doble moral y de las connivencias, que yo mismo preferí crear las condiciones, como tantas otras veces, para artificialmente, junto a esos lodos cobrarme mi ayuda… Sólo que ahora, no escucho borbotones, estoy en lo más alto de la casa, con las dos ventanas de la buhardilla abiertas de par en par y no corre ni una chispa de aire; en el sótano, se debería estar mejor, el caso es que tomo distancia, busco otra calma menos tensa: me resisto a mi propia presión, solventando lo que está en mi mano.

Habrá lo menos diez grados de diferencia, y ese sonido será el del largo invierno y los buzones del tiempo. Por San Juan lo comprobé, siendo un invitado permanente, y ni con esas. No obstante, no puedo pretender ser lo que no soy, uno es lo que le dejan ser y lo que verdaderamente siente, y a veces es lo que se cuenta lo que nos llena de miedo. Sintiéndome un incendiario más que un bombero, acaloradamente me oxígeno. Por eso de este amor perro por el cual desearía estar trepanando un cerebro antes que viviendo a sorbos los besos lúgubres de Santa Casilda y su necia conjura. Bestia humana, veo a la

mujer de ese lienzo con una pesada vejez de hierro, y me confunde. No sé si es porque tiene una memoria emocional y la sufre al verse desubicada, o porque no llego a ser el justiciero de la noche. Es una amarga visión. Lamentablemente yo no sé si esto tiene retorno. No todo es reemplazable. En el museo nunca la percibía así, como en esta ciudad de ladrones llena de habitaciones vacías. Lo que trasmitía era más bien un pasotismo aceptable, tal que un:

–si eres feliz yo también.

O puede, quizás, que sea yo el que tenga la tara emocional. Es muy extraño que sus miradas las perciba con el recelo de un forastero estando en mi propia casa, arriba o abajo. Me falta esa lengua de los sentimientos, no acierto a dar con sus pliegues, cada vez que lo intento todo se me vuelve truculento, como si ese cuadro me dijera:

-no me toques más.

Y no lo hago. Toda vez que lo coloqué sobre esa esterilla, vanguardia de entreguerras de todos los suelos, dejándolo apoyado en la pared, su color se ha venido tornando en desesperación… Pudiera ser que nos falte la alfombra, pero si por algún casual entrase alguien a casa, detectaría que no soy el mismo por tenerla extendida en estas fechas tan calurosas. Esa estera de playa sirve para todo y para nada, la arena entra en todos los costales e incordia cuando no se tiene la gracia… Que esa virgen regente no crea en las mentiras aceptables y sí en el olvido será por añoranza. Por más que le apile a su vera, bien ordenaditas, unas ilustraciones universales, no dejan de ser pinceladas anónimas, causa, principios y uno. O el mismísimo tendedero de la ropa con unas camisas, libros también. He estado haciendo de esa estancia un colmado

de proximidad, probando de todo, siempre tirando a la mejor calidad donde hacerle una compañía básica. Ella está acostumbrada a los mejores, a medirse con los severos diagnósticos de los más reputados miembros, e inexacta, como que maquina o sufre un eclipse.

-Muerte a los traidores- diría si tuviera voz.

Yo no quería que se sintiera tan mal… hasta se ha hecho más mayor… El personaje que representa pierde compostura, no se adentra en esa peripecia tan atrayente de todas las épocas. Quizás se rige en demasía en una tolerancia religiosa, la prefiero escandalosa, buscando el fallo.

Ahora bien, descendida o no, ese Zurbarán sustraído no es más que una mujer interior. Mi nivel de exigencia me lleva a distinguirla así, y a saber que quiere contar su historia. Otra cosa es que no acierto a darnos a una adecuada ley de dependencia. Satisfacción como tal, desde el mismo momento en el que la descolgué nunca ha tenido... Si por lo menos la limpiadora hubiera aguantado, la aproximación y el conocimiento serían bien distintos. Ni tuve tiempo para investigar, todo fue del tirón... Entiendo que se cuestiona mi transparencia. El juego de pactos de susurrarle la nana de “La Templanza” nos abrumó a ambos. Yo sufrí de la voracidad competitiva, y ella de esa estafa de dar el cambiazo. Todo fue un poemario versado en la locura del que no me pillasen robando, y ni el espíritu del descubrimiento supo hacerme respetar ese arte. Eso sí, no he llorado, es de lo más honesto que he hecho en estas semanas de escondrijos y locomotoras. Y ella tampoco, su escoramiento la radicaliza aún más y nos mece en una confusión de confusiones, pero de ahí no pasa: se sabe prisionera... Sigo siendo el único que tiene llaves de esta

casa: mejor todo que dudar de alguien… Tenemos tiempo para ir conociéndonos.

Más de esta tiranía aplicada a las cosas del amor, el precipicio de esta noche conlleva otro nombre, allá más lejos que el ruido en nada atronador del camión de la basura. Tras el velo de la niebla y la soledad de las estrellas, hay otras palabras que me procuran un frío de tal precisión que inquieta su necesidad… Cuando estaba en plan mojigato en lo alto de la alberca, el dolor de esa música me penetraba como si fuera un desconocido, volviendo a ser el mismo niño adulto de entonces: un crío obedeciendo a su padre… La diferencia es que esta vez no me lo ha tenido que recordar nadie, yo sólo, como si fuera parte de una gran familia y quisiera unirla, igual que cuando dispuse la limpieza de lo que en su día fue un depósito agrario para regar y terminó siendo parte de nuestras falsificaciones, donde muchas veces los celos por poseer se volvieron contra sus amos permaneciendo en la indecisión enfermiza… No tenía sentido seguir llevándome la contraria, por eso cambié una disquisición por otra, y en vez de rezarle a la extrañeza de esa pieza de museo lo hice con el impávido viento, justificándome, sobre esa reliquia de alberca, amistad, incluso servidumbre:

“Por favor, que estemos todos bien; que nos vayan bien las cosas a todos”, resumí en nuestro raro acontecer.

Esa disección sigue presente, en plan tiovivo... desde entonces y hasta ahora. De las nueve a las dos de la madrugada el juego de la vida sigue siendo el mismo: unos encuentran lo que otros pierden, rupturas, buenas sensaciones, fines que se acercan. Inocencias, como la de esa muñeca rota a la que no termino de acostumbrarme, siendo otra mujer más en su mundo, difícil de

corresponder, sedada a su conveniencia, que se deja notar en busca del tiempo perdido:

-Hola, has venido- decía mi madre como buenamente sorprendida, en su interminable padecer a la sombra de flores y macetas que pretende encasquetarme.

Sé que no es mi madre aunque siga viviendo en el salón, en lo alto de su patio. No se maneja con blasfemias, duerme siestas y sus pómulos están demasiado relajados. Los calmantes que le recetaron tras la operación la han dejado grogui. Ni que le hayan quitado las grapas o las fiebres de estas últimas tardes no le evita estar casi dormida tres cuartas partes del día. Sufre de un atontamiento, que ya sea por causas físicas, fruto de esa placa insertada en su espalda, o emocionales, pone en riesgo todo lo nuestro. Prefería que se tambalease nuestra unión y que fuera más evidente lo crudo que nos resulta tratarnos, tal y como hemos venido gestando nuestras vidas desde hace cuarenta años. Quiere ser otra dentro de la misma, y ni puede ni sabe; tampoco nos ha preguntado a sus hijos si queremos percibirla cambiada, al menos a mí no, cosa distinta es que con los otros haya intentado razonar. Pudiera ser, ellos son unos y yo el otro. A ratos simula, a ratos padece, a ratos se lo toma como algo personal... Lo que me ha dejado caer ha sido que no está de acuerdo con mis reflexiones, que me nota necesitado; serio, venía a decirme en una de esas sobremesas rápidas de las últimas horas, justo antes de que la somnolencia la cazase a lo bestia y la recostase nuevamente.

Y por la noche, cuando me cruzo a verla antes de echar el cierre a su puerta, sigue igual o más perdida:

–Gracias por acordarte- se despedía hoy mismo.

Y le he dado un beso, de esos sin barajar, tampoco repetitivo. Ha sido el primero en muchos días... No me hacía, pero me rebajé y se lo procuré... No obstante, el tacto de su tez es distinto. No es mi madre. Hasta parece estar dispuesta a que se haga la cesión de la parcela a mi nombre. No lo dice pero lo da por hecho... Posiblemente, sea éste hecho el único que la ancla en lo que fue y podría seguir siendo. Lo mismo es una estratagema de las suyas, de zorra, y vuelve a usar el supuesto punto de encuentro, porque mi hermano, el que a priori iba a contactar con su amigo el notario para ir trabajando el expediente de dominio como medio para que hagamos el papeleo y terminemos esta interminable sucesión testamentaria, está absorto como si nada, con su vida por delante,… o sigue siendo el mismo.

-Somos tres, hay que repartirse, yo no puedo estar pendiente de ella cada día- nos dijo la segunda vez que se ocupó de atenderla en un mediodía a mi hermana y a mí, pero especialmente a mí, como si sus ocupaciones fueran más importantes y sus tiempos fueran a empeorar. Desde entonces, y como siempre, la intimidad forzada. Únicamente somos apellidos pobres de espíritu para el doble juego de coincidir en los cumpleaños y en los días de perros de ese factor que nos queda como pacto y señal.

En eso sí que la Santa me ha enseñado, y mis otros trabajos también. Otrora época le hubiera contestado, y ni le di importancia. Hice caso omiso. Por sabido, conocía que no aguantaría mucho llevando el peso de los cuidados en casa ajena. Lo que hice fue elegir a qué enfrentarme, y opté por guardar fuerzas para lo que requiere de todo mi valor: enfrentarme al Patronato de una de las mejores pinacotecas del mundo, y por consiguiente, al propio sector, las aseguradoras y las casas de subastas que hay detrás. Pueden con todas las

críticas. Infinidad de veces podríamos discutir, no descubro nada nuevo, cada cual se va quemando o nutriendo de otros valores añadidos, guardián de sus archivos, acusaciones, silencios y ases en la manga.

Por ello, mi sentido de la identidad me permite pasar a casa de mis padres sin atormentarme o encenderme como si fuera el polvo de una estrella al cruzar esa atmósfera opresora. Normalmente llamo al timbre, aunque sea una mala elección ahora, y sin necesidad de comprender las reacciones inconformistas de mi madre, le sirvo de diana, escudo y compañía cuando los otros están en sus sitios predilectos. Para mí son minutos escalonados que se hacen horas, para ella son horas que equivalen a un segundo, todo de un único tirón, porque no le digo lo que quiere oír, y se ve que mi sonrisa no espanta sus miedos. En eso nos ponemos de acuerdo, aunque no sea la de antes. Y que así siga, el tiempo es el activo principal de esta vida. Una cosa es que no me guste lo que veo y cómo la siento, y otra que nos confabulemos en envenenarnos por las superioridades mal entendidas y que para cuando nos demos cuenta ya no nos sirva de nada ese absurdo de tratar de demostrar lo evidente: pérdida y particularidades.

A los escombros que mi padre dejó en la parcelilla no les he dicho nada de ella. Al recoger algunas ramitas de hierba buena, romero, espliego, yedra, laurel y otras tantas plantas, combinándolas con flores de trébol rosa, adelfa blanca, alelíes morados y rosas amarilleadas contenía toda mi tentación aquella noche suya, hoy también.

-Mañana me lavaré con ese agua- me decía justo antes de despedirnos la bruja que no es ni una mala bruja, al entregarle el encargo de que le cogiese tales viandas para honrar a la noche como de costumbre, año tras año y

recuerdo tras recuerdo, para recibir así el nuevo día con otra caridad, de las de antaño.

Podía elegir, habiéndole sido impertinente, maleducado o egoísta… y no sé qué me llevó a satisfacer sus instintos e ir al campito. Al paso de los días tenía claro que desaguaría la alberca pero me daba igual unas horas o días antes que después. Hasta que no llegase un fin de semana de tantos no me pringaría a raspar y sacar las ovas y cepillar las paredes hasta descubrir el montante de la devastación del gresite… será que las palabras y el silencio tienen el mismo peso cuando se está y no se está, y todo es una mala costa de los esqueletos, sin brillo ni un buen mal del que refugiarse. De estar allí, en ese África de los infiltrados, aunque no diese con diamantes, al mirarla seguro que vería otro color en ese lienzo, como en la alberca si volviera a ser joven... Necesitamos unas normas de uso esa virgencita y yo, no nos basta la premeditación o que la limpiadora que nos debía acompañar hasta la salida fuera una gran cascarrabias… Y como le dije la última noche que en verdad estuve con ella, leyéndole: el mejor está entre los peores.

De cuantos cuadros he visto, por más que me aturda, incapacite o aprese, la vieja guardia de esa que sabe de rosas y panes como nadie me dará algo que celebrar.

-No sólo quiero todo lo que tienes, es que quiero ser un hombre, tal vez- comenté en un desliz, mientras ella observaba escuchando como si pusiera precio al rescate.

Pero diezmado o no, el esperpento de esta vida ensombrecida obliga a discernir más allá de discutir o no con un hermano, una jefa o el que se fue sin decir nada. Justamente hace un año le ofrecí la salvación a mi padre, harto de

verle aguantándose, entregándole una vez más la pelota quita manías de gomaespuma, la cual está en un cajón de la cómoda, en el lugar donde las mujeres, de haberlas, pondrían sus joyas. Y casi que dejé de saber de la misma sin ni enterarme, pasado un tiempo de su sepelio. Recuerdo que las primeras veces era un galgo apretándola, sentía por él, la abrazaba entre mis manos como si las suyas aún estuvieran calientes. Y ahora, habiendo creado mi propio destino, no puedo decir que sea por la soberbia de la juventud vencida o por no temerle a los cánceres, que la redondez de la pelotita aporta otro sustento bien distinto... Habrá influido notablemente la visita a la residencia de ancianos en vísperas de la operación de mi madre, donde entre tantas alas de esperanzas, con la frase de Ingrid Bergman como protagonista de una gran sala de eventos en la misma, no sentí más que juguetes rotos, invidentes, pluriempleados y una merma de capacidades que hacían de todo lo demás un factor excluyente. La igualdad de todas esas extrañezas y las rutinas de seguimiento, más allá del taller de memoria del que mi madre no quiso saber nada al poco de entrar, fue la mejor base para mi hurto. Dicho de otro modo, preferí hacer que no dejarme. Soñando palabras, pediría no menos de cincuenta y seis millones y medio de euros en sueño de igualdad, como esa "Mujer sentada" de Picasso, *Femme asisse*, en un francés cortesano.

Es el *marketing* de la influencia… por si se va la luz. No temo a que me pillen, temo a que en el juego de maletas no esté todo lo que quiero. Y temo a repetir lo mismo infinidad de veces, mintiéndome, como el que apretaba y no le quedaba tiempo… Tendrá que haber un camino, por más besos para los malditos y las teorías estéticas o los gusanos del hambre... Hoy me ha dado por comer más que por enterrar a los muertos. Es un presente perpetuo a base

de leche, galletas, manzana, el helado, zanahoria, naranja, pipas y las comidas propias de un día cualquiera, pero sin que nada ni nadie de lo anterior fuera un regalo, sino más bien cacería y canciones, usando las viandas como pespuntes cualesquiera como mejor resolución. Hubiese preferido tener un rojo carmesí al que agarrarme, una vida de regalo o hasta un vecino de los peligrosos. En su defecto, ese interruptor de mi cabecita malversaba el frío de las madrugadas con el pararrayos de ese amor minúsculo del comer sin saciarse ni alimentarse, guardián de las emociones hasta que me lo he prohibido en un silencio culpable. Tozudo, ahora no sé si irme a dar un paseo o echarme en la cama, volver a probar con la hipnosis con ese cuadrito o escribir la nota de la petición de recompensa para que el robo no sea otro trabajo inacabado más…

La alegría del movimiento me haría más víctima que verdugo, y la lucha fraticida del no dormir el peor fugitivo del mañana. Lo de esas cartas a ninguna parte, en pos de ampliar el capital y que yo mismo me convenza de todas las extrañeces, me generaría unas expectativas que no sé si sabré fundamentar. El dinero como tal no es el móvil. Quien sepa adentrarse en esa sala del museo y mirar a la dama más allá de la habitación del existir, comprenderá que hay todo un tratado de cirugía, dulces miramientos y un cuerpo de piedra en su lugar. El negro de los ojos blancos no es el mismo, lo sé porque en la insoportable presencia de su soledad, recuerdo que no lo repliqué tal y como debiera. Las manías siempre van a más, hubiera sido mejor empezar mal y terminar bien… Pufff… Hasta la copia es más que memoria y gigante. ¡Bendita ingenuidad de quienes hacen de seres itinerantes y callan por su interior!

A estas alturas, tanto o más que antes, el primer paso me corresponde a mí. Tarde o temprano el ruido del tiempo llamará a las cosas por su nombre. El óleo tiene grandes diferencias con respecto al auténtico, puesto que los minerales que lo entonan no son los mismos, y a las trazas de los nuevos le saldrá esa niebla que los disipará, desmembrándola más si cabe. La copia lleva un diablo bien adentro… Si no hubiera corrido tanto al final me hubiera percatado de su mejoría. Santa Casilda vale más que eso. No sé cómo después de tantos meses preparándome me dejé vencer por una visceralidad disimulada. Tenía tantas ganas de reivindicarme que veía verde en sus ennegrecidos ojos... ¿Resistirá a su reputación semejantes flaquezas?... A un experto le darían risas sofocadas si supiera todos los porqués… Por suerte con el tiempo la cambiarán, no quiero que viva así, una cosa es el mar y otra el agua marina… A ese jodido cuadro cada día lo aprecio y destierro más, sus ojos se cierran y el mundo sigue ahí; se comporta igual que mi padre cuando resbalaba por estos universos: tiende su mano sin querer queriendo en un minimalista océano de escalofríos, disimulando peor que un gato lleno de celos. Y quiere estar en su casa, sabe que no puede estar fuera de sitio. Al menos con ella mando yo. Aquí no se me interpondrá nadie. Mi madre sí lo hizo entonces, cubriéndose las espaldas al considerar que estaría mejor hospitalizado… y eso todavía me produce fiebres, no de las suyas, otras que no son de infección de orina, la garganta o de su operacioncita... Uno necesita soñar, e ingresado carecía de la más mínima posibilidad. Todo era un bamboleo de penas con gentes que no querían vivir así. Ya pagué ese precio. Casilda debe volver a la sala del Museo Thyssen-Bornemisza, y que la criollita de mi mejor pueblo palpite, fugitiva donde esté. Se ha ganado su libertad, sólo

que me tiene que dar de comer; por ella casi muero,… por ella el apagado y cuanto pasó brilla mucho.

Seguridad es lo que necesita esa caracola lunera. Uf. En verdad la comprendo. La mujer interior, en un repente miró hacia atrás y se dio cuenta que ya no era la misma, que todo era diferente, que todo había cambiado… Por eso la tengo cubierta casi todo el tiempo. Aún no sabe quién es quién. El honor, el coraje y el compromiso, o hacerle ver que soy un mecenas distinto no vale. Quizás cuando crea en mi causa me servirá flores. Con la mirada es que da miedo. No deja pasar ni una, le ha tomado el relevo a lo que fue mi madre en sus días. Reacciona antes que el día después, y vive por sus adentros… Me limitaré a ir poniéndola sobre aviso, como si fuera una gitana que está en todo, de las que leen las líneas de la vida en los paseos de los tristes con un tallito de romero por la gratuidad de los corazones.

Como dos amigos cesando el murmullo, verdadero líder y escaso de todo, les preguntaré acerca de ¿cuál es el mayor horror para una mujer?, incidiendo en que sonría, que nadie necesita saber que no está bien. Ella, mi virgencita protestona será la primera en saber lo que diré en la nota anónima a esos magnates del museo. No creo que se limiten a lo que saben, luego no me responderán previsiblemente pronto. La emperatriz sí, de no ser un pez fuera del agua diría:

–no ser ella.

Los mismos, en sus paraísos artificiales y en sus concepciones de modernidad, a lo sumo me derivarán a la habitación desdoblada. Y los subcontratados para la seguridad tomarán pelos y señales, sin embargo, la virgencita sí que me diría por segunda vez, como si no la hubiera escuchado:

–no ser una mujer.

En cambio ahora no me reta. No es más que la historia de un letrero en las anotaciones de uno que la vigila… Cuando lleve un tiempo con este ambiente ya no me sentiré, ni ella tampoco, con la espada rozándome el gallote, ya seré algo más que un proscrito que la descolgó y confirmó nuestra eterna cadencia, como el agua que corre libre sin mirar atrás y hace meandros a su conveniencia en las acequias de otros, hija de los anhelos que la vida tiene de sí misma.

Para requiebros, la incertidumbre que me generó la jodida limpiadora y su hundimiento, que casi la pifio. Se me instaló la volatilidad en los brazos y porque mis piernas evitaron la caída. ¡Menos mal que retrocedí fuertemente! Con la segunda intentona ya fue otra cosa, acudí como si fuera la urna decisoria y expuse la sintonía de ese viernes negro, pero el referéndum del jueves me restó tranquilidad.

-Te necesito mi amor- me dijo la friegasuelos. –Te daré lo que tú quieres- incidió.

-Quieres someterme- dije yo.

Y le tocó gestionar la complejidad, infinitamente seria en su loca algarabía:

-¿Marcha?, ¿quieres marcha?- añadió.

Y tuve su permanencia, su favor, si bien el candor ya planeaba en territorio desconocido. Sin precedentes lo volvimos a hacer, perjudicados por su necesidad... y la mía. Fue nuestra última vez, más detentes. Estuvo un rato acariciándome la cabeza. Luego se desencadenó este camino del que no hay más hoja de ruta que olvidar. Ella tenía todas las papeletas, sabía demasiadas

cosas, y lo de redefinir el acuerdo implicaba una triple negociación. Entre su isla y lo demás seguí con mi plan inicial, lo que me insinuó siempre lo concebí como incierto, hubiese puesto pegas, además presentaba un riesgo añadido. Todo fue más pronto de lo esperado… Si estuviera, ahora querría participar en mis deliberaciones con la Santa. ¿Y luego?, ¿dónde tendría su fin? Lo del carácter inmediato y la retirada no se lo tomó como medidas necesarias. El pánico era palpable. Aunque quisiese asegurarse su liquidez, la mayoría de las veces se seguiría sintiendo sola. Su miércoles sí que fue negro, por el contrario, ya la avise:

-Te noto muy debilitada.

Y la reacción no se hizo esperar. Incógnitas sobre el proceso y un mal mandato y deber por esos cuatro días que se le hicieron cuatro años. Precisamente es donde sentí millones de diferencias: sus pies no paraban quietos. Era una y dos tercios más. Conservadora, y expresando a la par un apoyo mayoritario… la independicé… Más fuerte y más seguro que cuando sustraje el cuadro, dentro de sus fronteras, contuve la amenaza interna… De haber habido más, el efecto dominó hubiera hecho el resto: tenía ganas. A pesar del compromiso, se me instaló un júbilo loco a medida que se me desencadenó el auge.

Por si fuera poco, el sumario inevitable se apoderó de mí unos días después, cuando para evitar el atasco a la entrada de la capital madrileña, al ir a hacer el relevo a mi hermana desde este sur, tomé enrarecido la carretera M-50 dirección noroeste, y de no ser por las gotas de lluvia y esos casi trece grados menos de temperatura de cuando abandoné los campos de La Mancha, le hubiera mostrado mi empatía a esa socia tan difícil. Se ve que ansié sus

versos libres circundando la metrópolis, mirando a su sierra: “Fin del mundo y principio de todo” fue el visto y no visto del uso de su imagen como documento, consagrando su partida... Y eso fue lo que pasó.

Pero el caso es que hubo énfasis en esos pensamientos mientras conducía. Carmín y sangre fueron mi jarro de agua fría. Rechacé de pleno su superstición. Tenía una argumentación demasiado racional y yo creía ser un Alejandro Magno necesitado. La historia esa de que alguien tenía un hijo en Alicante, otra más en Barcelona y otro varón, el menor, en la ciudad de residencia, pero que apenas le veían a menudo, venía a decir inicialmente que quien te quiere regresa, si bien, al margen de que de esa suerte la única que se acercaba cuando podía a ver a la anciana era la hija, profirió que la cuidadora escribía mensajes haciéndose pasar por ellos, especialmente él, ese pequeño que no tenía tiempo o no quería ni podía vivir en una u otra mentira… “Esa mujer se murió de pena”, fue el final de la historieta, y mi zafarrancho.

Es lo que me contó en relación a una mujer que luchó por el bienestar de su hijo sin ninguna ayuda más que con su esfuerzo, una de tantas que limpian casas, ponen copas o cuidan enfermos de otros. Hasta entonces no tenía claro lo del precio, y visto el comportamiento de Santa Casilda, hasta pensaba en devolverla sin más, dejándola en las cercanías de alguna comisaria dando aviso a posteriori a través de algún medio de comunicación. Y no, no quiero penas que se nos eternicen del todo. Ni quiero experimentos ni investigaciones. No puedo ser mi polizón, me debo a una servidumbre. Sé que al final es interés y dinero lo que nos mueve, y somos basura, más desde el nacimiento hasta la partida final deseo esa sabiduría de las egoístas... Debo encontrar a esa con quien poder besarme y arrullarme sin preguntarme si es un demonio. Esa a

quien ponerle la mano en su baja espalda y acercármela sin miedo para que me muerda en un placer tan difícil como intenso. Ya que soterré el juego de la limpiadora del museo, que me dejó medio tirado, y a quien casi compadezco, lo único que pende es seguir hasta el final. A los perros, los niños, los lactantes y los demás seres intocables no les debo temer. Y mi madre, de momento no es más que una mujer sentada, otra incapacitada más: que pretende. Me niego a castigarme en tan grande sentimiento de tristeza, tiempo tengo para ser un intocable. Ya me castiga bastante la Santa con su velo riguroso y ese luto que nos guardamos. Debo rozar la breve historia, en el fondo ella es igual a todos, alguien que necesita amor, y por lo que leí en su día, es de las mujeres que rompen los silencios. Aquella que quiera vivir su verdad, que sea consciente que el robo es por ella.

El clima de convencimiento por mi parte estará, y no habrá paz en este malvado ni insensatez mayor mientras mi madre esté desnaturalizada y no me subordine a una convivencia razonable con quien compartir el botín, que a la sazón, también es respuesta a tan maña desfachatez. Si la virgencita supiera lo absurdo que me siento cuando espero afuera de su habitación, como atado a una farola apoyado en la pared que hace de esquina y entrada a su cercana idiotez, a los pies de los escalones… Hasta una noche estuve a punto de entrar con un cuchillo entre los dientes. Sin ser humana a veces mira con superioridad. Le rebanaría el gaznate… y debemos compartir espacios… Ni pienso en todas las personas que querrían tenerla en su casa, eso significaría que me rebajo y que le permito hacer conmigo lo que le dé la gana. Y no, como se ponga tonta la restauro como a su réplica, tirando de pincelitos, y le hago parecer un hombre o cualquier cosa. No puede ser mi mausoleo. Ni siquiera sé

si puedo decirle todo lo que pienso… simplemente me ha abierto otros resquicios, dudas, fe, valores, miedos… vagas esperanzas. Y esta no sería la peor de las desgracias. Como no dé rienda suelta al libro de *El Coronel*, seré yo quien no tenga a nadie que me escriba. Sin duda, este dolor le cierra los ojos a cualquiera... Si pudiera oler, hay noches que la olería como si fuera un cadáver… Hasta cuando barro pienso en levantarle las enaguas o en troncharle las piernas… No sé si estoy preparado para verla tanto. No me siento más a gusto con ella en casa, en absoluto. Alrededor de cada pincelada me pregunto ¿qué digo?... Y su cara sólo puede mirarme directamente a mí, si quisiera… Soñé tanto con que nos diéramos la mano y no renegásemos; necesito un plan de contingencia… Lo del espejo ovalado tampoco funciona.

Puedo jurar que la he visto dormir. Eso o habrá sido mi clamorosa insensatez. La repetición armónica de tantos deseos dicen que produce milagros, ojalá así la memoria lo borre todo. No debo volver a mi ciudad natal con arena en los ojos. Cobarde hubiera sido de no haberla detenido. La llamaré Catalina, de virgen pasa a emperatriz o zarina. Así no dudaré en golpearla más. Sé que aquel día me sentí un poco intruso, tenía rabia. La hija de un compañero apenas pudo llenar un puñado de folios en su niñez, garabateándolos felizmente. Siete años son demasiado pocos como para morirse tan pronto. Atender a unos y otros, ver a adultos comerse las uñas y luchar con esas muchas afecciones de las antesalas del intercambiar gemidos y quejas sin disfrutes, del requerir esos servicios, me confiaron a esos ruegos en sus aposentos. Como si en vez de en un sótano estuviera en lo alto de un puerto, aludí a esa Santa perdiendo el favor de a quienes muchos colocan en

los altares… De no ser por ese vistazo ausente, me hubiera salido sin más el machetazo. Consternado, recuerdo que la respiración me contuvo en vilo… fue entonces cuando su mirada cayó o se alzó, pecado y perdición. Nadie habló… Esa habitación es demasiado rigurosa… pues nuestro ensalzamiento es la pasión. Si tuviera verdadera dignidad humana sabría acallarme los espíritus y los sinsentidos… ¡Hija de puta! De haberlo sabido hubiera robado el *Tríptico de la Adoración de los Magos* o cualquier otro título. El buen ladrón estaría ya en la cruz, o en el abismo, varón de dolores. Y ni pintada me veo con alguien. Sigo afectado, sintiendo a las mujeres como donantes insípidas o cortinajes del tiempo de los restos. Soy un Judas colgado del árbol, haciendo una excepción… Rechazo con decisión y al tiempo hago esfuerzos. Severidad, disciplina, perdones,… un fervor altamente ridículo. Cierto es que quisiera negarlo y adquirir una actitud bien distinta… Soy un cisne negro, necesariamente espantoso. Estragos de ocupación. Sólo yo podía estar tranquilo ante los inminentes cambios que se vaticinan en los mercados y las vergonzosas estrategias.

Comprendo que las gentes decidan abandonar uniones, y que al mismo tiempo tengan dudas y se dividan en lo conveniente o en lo aventurero. No reniego de lo que decidieron en el Reino Unido con su Brexit, tal que la última ráfaga de sol no les hace aceptar sus propias democracias. Es nuestra gloria y nuestra estimación, la de todos. Votan unos pero las consecuencias son para todos, así pues no sirven las guías o los espíritus, sino los hechos. Estar o no estar en la Unión Europea o cualquier otro entorno no es la cuestión, sino más bien el por qué hay tanta disparidad entre lo que pensamos, queremos y somos. Sabios, tontos, estúpidos, dignos, jóvenes, mayores… todo hay que

renegociarlo siempre de nuevo… Y espero tranquilo los acontecimientos de esa treta, como si todo obedeciera a una fiesta de espuma o a uno de tantos conciertos de verano.

Duerma ella o no, bien juntos o separados, habrá una revolución encubierta. El expolio se tiene que dejar notar. “Quieren someterme” diría yo en todos esos pasos necesarios de las permanencias, o un “no vale con que se crucen nuestros caminos”. Y es que cuesta gestionar la complejidad. Cuando uno se lanza al territorio de lo desconocido se hieren considerablemente todos los preceptos y las implicaciones emocionales resuenan... La presión, por lo tanto, es para los implicados directos, lo que me hace temer porque se prolongue esa intimidación tan sutil que provoca la Santa; me hace sentirme como un rehén en mi propia casa, en un lado u otro. Es prosperidad y son límites. Me divide... Con todo, los trabajos no enmiendan mucho. En el sótano, como en la buhardilla, también tengo folios y carpetillas con notas varias, son ideas, cosas por hacer y descalabros por materializar si de mí dependiera: también atisbo ahí la necesidad de cambios. Como funcionario, podría contarle mucho a la recién bautizada como Catalina, como que una subordinada me ha solicitado que le cambie de unidad recientemente, la misma acudió a mí flagelándose y haciendo de analista, víctima y de todo, menos de mujer. Y mientras ella se daba a su redención estando yo escuchándola, el despacho donde alcanzar la verdad se me hacía más enorme. Sus excusas e intenciones eran no menos de siete escenas en una sola, con prendimientos, calvarios y crucifixiones; todo bien urdido, completando su cuento… No sé por qué, pero nadie está a gusto con lo que tiene, denoto que hay un inconformismo generalizado, como que tenemos demasiados derechos y muy pocas

obligaciones. El colmo, tener que atender a mi madre sí o sí, anidando frustraciones. Todo, sin tener clara la dirección a seguir, cediendo a paralelismos, yendo de una obligación a otra teniendo que poner cara de bueno y tragándome todo, bueno o malo. Esa corona de espinas me rodea más allá de ser un hijo terrible. Y no puedo, o no debería tomar calmantes a discreción, como los de la prescripción médica de mi progenitora, que desde que se los toma a raudales habla como si su espíritu y su aura rodeasen a todos los dolores… Son muchas medicinas rápidas las que deseo y no alcanzo; pruebo ahora un poquito de turrón helado, supremo. Frío, cálido…

En cualquier caso no puedo dejar de mirar mis notas y ese popurrí. Todo esto afecta al cuadrito y a mis expectativas. Debo pensar seriamente el tema de la recompensa como medio de despegue. No estoy nada conforme con la colaboradora que contraté para mi marca personal. Tampoco tengo una buena comunicación con ella. Quiere ir por libre, a su ritmo, que no es el que planifiqué. Y bajarán más las bolsas, el petróleo y el oro en pocas horas, este último repuntará de lo más breve, ¿pero hasta cuánto debo aguantar las comedias de enredos de los demás?... Debo ser como una de tantas limpiadoras y el mejor y peor de los banqueros, o sea, manejarme entre las penas, pero que sean las mías, como el pan y la sal.

“Como tú te proyectes, tú te lo crees”, he querido transmitirle una y otra vez a esa supuesta experta en comunicación gráfica que contraté. Y no son más que palabras escondidas, síntomas de la represión que existe entre nosotros. Al principio, sé que me apercibió como alguien de cuya anatomía natural podía darle algo salvaje. Eso sucedió poco antes de la última Navidad, cuando ya sufría los estragos por la herencia de mi padre. Recuerdo

perfectamente aquella quedada sin preámbulos: el bar, la barra con poca gente, ella… Me gustó. Y hoy, no queda nada de aquello. Absolutamente nada. En poco más de medio año se ha esfumado el *feeling*. Cada uno nos hemos ido a vivir a un mundo nuevo, estando en la misma ciudad y con un contrato mercantil de tantos de por medio. Sus elogios ya son duda, y las enormes posibilidades de despegar no son más que insignificancias. Trabajamos en precario. En mi cabecita tengo de plazo hasta final de mes para que cambie su comportamiento y dé un paso al frente conforme a mis necesidades inmediatas. No puedo postergarlo todo. Una cosa es combinar el libre albedrío con la creatividad, y otra bien distinta, no ser en nada resultadista. A ese proyecto que quería que situase cerquita de los mejores, lo está haciendo más vulnerable. Ya zanjé con otra colaboradora, semanas atrás, nuestra unión. Y con su amiga tampoco he firmado nada aún. La comunicadora me la presentó como posible sustituta; y otra que no da un paso en adelante. Ésta tiene excusa, me dijo que tenía a su madre ingresada. Pero las dos rechinan, porque siendo capaces me hacen sentirme insolvente… Mi cara amable y este reposo con el que doto todos mis repentes no tiene mucho más aguante, ese hacer lo requiere más la Santa, o la mujer sentada que vive enfrente, donde mis padres me criaron. Cuando los trabajadores no hacen bien su trabajo dejan de serlo, ¿de qué valen las quejas?... Si uno no es responsable el bloqueo y la polarización continúa.

-Es que me está afectando a lo personal, y no es de ahora, ya lleva su tiempo- se excusaba la trabajadora de la Administración que me solicitaba el nuevo destino.

Por lo menos ella dio la cara, la de mi empresilla privada es que tiene tal nivel de crispación oculta que no entiende mi manera de proceder ni da con la suya propia. La imagen es algo más de lo que se transmite, también es lo que uno siente. Y sus paupérrimos pasos y tantas fotos en blanco y negro mostrándose me son irrelevantes; tiene suerte de que tenga varios frentes, ya habría resuelto el contrato de no estar más pendiente de la obra de arte y su cotización que de la posteridad con la que llevo trabajando años en mi empresa privada al objeto de tener la posibilidad de pedirme una excedencia en la Administración y ser yo, además de conocer otros mundos… Todo es un periodo de grandes cambios. Un futuro cercano.

En tan destinos ocultos, Catalina supera con creces el valor máximo, ¿pero qué sé yo de ella, más que era un lienzo que se mostraba al público y del que analicé hasta donde pude los trazos que la componían? No es arte impresionista y moderno. Zurbarán, cuando la pintó pensaría en alguien más allá del dicho que apunta la fama... ¿Y en qué piensa mi colaboradora?, ¿cree que por arte de birlibirloque se desencadenará una increíble explosión de sentimientos y nos reportarán atenciones, contactos varios y dinero a tutiplén?... Dentro del precio que estimamos, hasta ahora se ha ganado bien poco; cada una de sus ausencias o excusas, que ya ni eso, confirman su devenir. Menos soles y más estar cerca de quienes pretenden sacar adelante un proyecto del que poder obtener rédito, le diría ahora mismo, más si cabe, cuando sus reflejos no esconden esos movimientos que no terminan de convencerme, también los veo y siento: está montando un negocio de servicios con su socia y amiga, del que dice sin decirlo todo. O no, porque el elemento clave es quién habrá detrás, que no me termino de creer que no haya nadie

más. Eso es parte de lo que entiendo, propicia su retraso, y hace que denote una falta de implicación. Y ni con esas tretas. Todo afecta.

-Sí yo quiero trabajar contigo- insistió una y otra vez saliendo de su sarcófago, en las ocasiones en que le planteé que se postulara, medio presionándola dubitativo y prudente.

Parece obediente pero no lo es, la colaboradora quiere su libertad,… su temor. Y estoy cansado de tener que ir delante de todo. Si pago soy el jefe. Decido.

-Disculpad por la situación. Trabajemos con suma profesionalidad, si alguien se queja me lo remitís directamente a mí- hice de pontífice y clérigo hace algunas horas con mis compañeros de Servicio de la empresa pública. Todo, porque carecemos de documentación técnica para una nueva línea de trabajo que se ha convoca y tenemos que sacar adelante, pero lo más deshonroso es la falta de decoro de la superioridad, de esos gestores que no terminan de serlo y te acaban respondiendo a las dudas con las mismas preguntas, encima, no ya bastándoles la ambigüedad, sino diciéndote además que lo fácil es preguntar.

Y también esto constituye una excepción. Meses atrás decidí conmigo mismo, que si no había un manual de trabajo o unas meras instrucciones, así como una actualización de conocimientos a ese respecto, en calidad de responsable de coordinación daría la orden a mi gente de no tratar nada de esa línea. Lo que sucede, es que no me parece profesional. El cliente no debe pagar la insubordinación, desidia y falta de gobierno de otros tantos. Por eso me disculpé en ese correo donde les ordenaba que aplicaran lo que sabemos,

ciñéndonos a la norma y al conocimiento que tenemos del sector. Por más que he venido insistiendo con mis jefes o compañeros, nadie ha hecho nada que se pueda apreciar que solvente esta casuística. Y es un reverso que confirma que hay una fase ejecutoria que no se lleva a cabo en las empresas que están controladas por quienes miran a todos lados y a ninguno, impidiendo los desarrollos… Privadamente no voy a aceptar eso, yo sí que administro, no me limito a acompañar. Malamente también copio ideas de otros, hay necesidad.

Uno que era gestor de los muchos o pocos ahorros de mis padres, con los contactos de toda su vida ha sido trasladado de puesto en menos de una semana, cuando desde hace años está pendiente de que le concedan la jubilación que yo sepa. Y ahora le toca volver a coger el coche y hacer kilómetros para montar otro de tantos equipos de negocio, alternando la representación expansiva y lo boyante del concepto “contigo” con lo largo y ancho de las geografías de cada capitaleja… Modernismos que no son tales. A esa corporación privada no le habrá costado mucho, supongo, desplazar al trabajador dentro de su destino -único y común- en su organigrama. Seguramente habrá vislumbrado el expediente de regulación, y lo habrá emplazado finalmente a la recolocación para consolidar todo lo ganado en esos años de esfuerzo. Estaba claro que el gestor aceptaba o perdía. Son retratos de proximidad. Impagables. Y hasta pudiera ser que la movilidad la habrá medio gestado y ejecutado una empresa de recursos humanos para no dañar la imagen corporativa del emporio financiero.

En la Administración no existen esas similitudes incuestionables a ese nivel, de haberlas, no sufriríamos la falsa caridad tanto como la dejadez llevada a la máxima expresión en algunos casos, puntuales pero reiterativos. Los

jerifaltes, los que de verdad lo son, tienen verdadero miedo a tomar esas decisiones de la recolocación como fin último y necesario. De palabra, desciende por la cadena de mando que todos debemos trabajar, y cuando se eleva (como no hace tantos días) un informe sobre el deficiente rendimiento de un trabajador, pareciera que no haya más alternativas que el aguante. No era el primero, sino el cuarto o quinto, ya muy directo, también con rúbrica, pidiendo que se tomasen medidas disciplinarias. Y son varios fines de semana sabiendo que no se pone al frente nadie, ni el subordinado que vive del cuento y la cara dura, ni los que deberían capitalizarlo… Al dolor de muchas manos arrugadas se une el rastreo de la sequedad y el anidar en los desperdicios de las grandes políticas, obviando esos pequeños ejemplos tan necesarios. Y como me envuelvo de recuerdos propios y ajenos, no sólo he pensado en lo que representó esa queja de la limpiadora y su cruz, o la alocada escena de ir de arriba abajo a ver a la virgencita y sentirme horrorizado y emparentado, también he intentado en más de una vez hacer memoria de en qué había trabajado ese compañero que yo mismo he denunciado internamente. Más, pronto será lunes y seguiré sin saber nada de nadie, llegará el viernes y lo mismo. A mí me es imposible desplegar un tercer nivel de evasivas que desluce todo lo previo. En mis rutinas, por más que oculte la tristeza de la Santa, no puedo tomarme a la ligera su sentir ni el mío propio. En los negocios, y en la vida, se decide. Lo cual contribuye a reforzar su necesaria salida o aparecerán los pájaros azules por tantos silencios ocultos y pensamientos, cuando no aguante eso de ser víctima de todo.

Además, está el carácter maléfico de ser un búho. He vuelto a caer en malos hábitos de sueño. No consigo interpretar la noche como tal. Se va el sol

y la casa se convierte en una jaula, siendo cada pasaje un otoño que se analiza por sí solo... y cuando llega la madrugada, está tan abierta la mente que ni a bocanadas se pierde la crónica de olas pensativas: orgullo y prejuicio.

-La noche es para dormir- me digo y le digo a quien me arrebata en parte los afectos, en esa extraña forma de vida.

El caso es que la virgencita duerme pobremente, trafica indecente manteniendo la cadencia en la mirada. Pufff… A lo mejor estoy vendiendo humo. Son raras fortalezas, dado que la tristeza y los malos hábitos se acumulan y la felicidad no. Acumulo cicatrices, sangre, fuego y manchas en la piel y no hablo de recordar, sino de abandonarme a lo simple y apretar la pelotita de goma espuma de aquellos muchos días... Ya ni me planteo que alguna vez me consideren sospechoso de homicidio. ¿Dónde pongo la ilusión?, ¿en el caudal del cuadro, en la autenticidad, en la tecnología que casi deseché al copiarlo y rehacerlo en un giro de anormalidades? ¿Debo ir a la iglesia más allá de esa ternura de salir con las manos cargadas?...

Cuando hay ceremonias procuro no entrar en los templos, me parecen profundamente turbadores, ahora bien, hay códigos que manifiestan ese genio oculto que me dotó de iniciativa para la sustracción. Es ese otro extraño lenguaje de los días. No es esclavitud. Alrededor de las iglesias siento un misterio de mala regeneración. Como una serpiente, oculto las renuncias a los trabajos y preveo alternativas. Tampoco son símbolos, gratuidades o pensamientos por error. Sin valer para nada, toda esa imaginería emerge y a veces desespero por robar también en esos museos. De momento los voy catalogando a mi manera, cual pintor que no sólo pinta, sino que también ausculta paredes y otras pantallas donde plasmar su enfermedad y muerte.

Consustancialmente, pienso en mi manual para las mujeres de la limpieza. No sé por qué lo decidí llamar así, pero es un *slogan* que me sirve como regalo de cumpleaños para cuando lo tenga. Esa otra parte de mí que nadie conoce. Espontáneamente me sermonea con interferencias, amén de las culpabilidades y los deberes de los demás. Venenos, sombras y adioses. Una buena limpiadora conseguiría lo que quisiera de mí. Me desconcertarían sus logros, y hasta me dejaría apuñalar la espalda si con su omnipresencia me durmiese y me hiciese sentir como una simple y llana persona que no se hace problemas por nada ni por nadie. Su persuasión me vendría de perlas. Al margen de que tenga que asumir que la intimidad sería nula, lejos de pensar en que pueda salir mal, con esas ideas ajenas de cuando deambulo por los templos, cotejo esos cambios radicales de llegar a vivir con alguien que no sea una mascota o plantas varias. Siempre escucho cuando soy portero de iglesia. Finjo que espero a alguien, o que sufro las cotidianidades del día pasando a un segundo plano, y gracias a que me he venido formando como observador, ese perfil de quien con un lenguaje no verbal me conquistaría, asoma por mi cabeza sin que lo enjuicie como un embrollo más… Fuera de ese imaginario no hay nada de nada, es que ni salgo a escondidas o paseo con un *look* inapropiado dejándome notar. Tengo un freno invisible a darme del todo. El manual forma parte de una alusión más propia de un silencio delator que de las matanzas desperdigadas por las sierras y sus rincones, a sabiendas de que es de lo poco que me haría desconectar la cabecita loca.

No en vano, a la postre lo que repunta es un golpeo embravecido. Si fuera un joven despreocupado o lo suficientemente tonto caería en los estimulantes predilectos. Hay drogas para todo tipo de situaciones. En una

revista leí que el éxtasis me podría venir bien. La cocaína o el alcohol también podrían favorecer ese surgimiento que caracterice la diversidad dejándome como a un sujeto cualquiera, fuera de apogeos, incredulidades y sensiblerías. Hay señales que guardan relación con las muchas o nulas presencias. A ratos me considero viudo y desvalido desde el nacimiento, quizás porque esa simbología de la mujer con virtudes diferentes a las mías ya no solo alimenta los cementerios vacíos por los que he ido agonizando, sino que son más de cien años de soledad convertidos en un desamparo de cuarenta nada más. Y claro, descarrilar no sería tanto… del hombre queda lo que hay y lo que pudo haber sido. ¡Basta ya de patrones trasnochados!

Apostador y perdedor, sin teorías o conspiraciones más allá de la impotencia de no poder pedir el rescate de inmediato, para no ser un asesino pudriéndose lleno de interrogantes, unifico la propia desidia en el hastío del no dormir a la teoría del todo: existe un principio universal. Ésa es la base de la hipótesis por la que se entrelazan todos los fenómenos cuando se inician las colaboraciones, después, todo es oposición, tensiones varias, una búsqueda de respuestas, dejación y orillar reclamos. Hoy en día es lo que hacemos la mayoría, preferiblemente rápido, por cargar pesos. Nada de múltiples dimensiones y universos. Nada. El polvo de los zapatos nos delata.

-¡Ay, si tuviera!- suspiró ella, la que limpiaba cotos privados y ese gran museo, en nuestro primer claro antes de que pasara a la irrelevancia.

Para esa alma muerta, recapitulé todo. -¿Te he hecho yo alguna promesa?

Y ese principio del final del ser dejó el suplicio, convergiendo al pésimo sentido del humor, provocándome una correlación. –Yo tengo mis propios demonios, basta- añadió la del aire kamikaze.

Un poco más perjudicado, con todas las cautelas inevitablemente la encaré:

–Nunca falta nadie.

Ya no fue una incógnita. Ya no podía dar luz a nuestras grabaciones. Ya no me ocultó las intenciones de aquella nota. La friegasuelos fue protagonista, quedándose más o menos como estaba cuando la divisé por primera vez en el museo, depredando la ruta de los elefantes, buena pero no tanta.

-No es trágico morir haciendo lo que te gusta, mermar sí imposibilita del todo- murmuró no acabando de encontrar su hueco, mirándome en su territorialidad, deshaciéndose de sus emociones…

Ese primer plano que todavía no es del todo reseco, imprime lo precioso de su vestido negro… Se vistió para el trabajo que quería tener… y fue su talón de Aquiles. Vestía que ponía música a las caricias, brotando tarde. Literalmente estaba bellísima. Muy lejos de esos uniformes de la limpieza que encadenaba unos tras otros para seguir siendo alguien por entre las economías circulares.

-Déjate llevar- valoré al escucharla en esos suntuosos segundos.

A estas horas, lo único que tengo es el impulso de sus aspiraciones y la conciencia ambiental de esa breve historia. Nadie habrá preguntado por ella en el museo, nadie la habrá echado en falta. En verano habrán reforzado, o bien debilitado la pinacoteca. Y todo a costa de las que se categorizan de libres y no son más que esclavas. A cualquier número primo se le presta más atención que a las que pasan precariamente cuidando de los escenarios e

históricamente nos dotan de equilibrio. ¡Hijos de puta! En Madrid y sus tabloides no se ha puesto ni una reseña por la pérdida. Unos darán por segura que se cansó de barrer y fregar, otros que la habrán echado, y alguna compañera no le perdonará que no le cubriera el turno. Desterrada, la realidad es que sigue viviendo su deshonra al no ser lo suficientemente puta y saber callar. Casi que está mejor así, fascinada por asaltar otra mansión en su larga noche… quería conocer otros fracasos. Y yo ahora.

Incisivo, me planteo ir a comparecer ante esa silueta de manera respetuosa y natural. No todo es ganar dinero, debo resolver mis problemas. Sí que creo que uno tiene que sacar partido de lo que sabe hacer. Aquella entidad bancaria que capitaneó el traslado de ese gestor, en vez de prejubilarlo o dejarle hacer a su conveniencia, me ha de servir para que eche mis tentáculos, no puedo ser alguien claramente desinhibido. Los negocios son los negocios, primavera sólo hay una. Debo discernir con ella y ejercer, me tengo que encargar yo mismo de darle mejores vistas a esa habitación. No podemos escondernos tras las culturas laborales que añoramos. Jalear voces en directo, aunque sea por un segundo, cubrirá las lágrimas negras. Su progresiva extensión es peligrosa. Invita a los cismas, a la desesperación… Ese espejismo de estar reducida a cenizas yuxtapone todos los subdesarrollos. Que no se equivoque, no hay escapatoria. Soy su referencia y ella mi omnipresencia hasta que vuelva a ser un animal incompleto y deje de esconderse en su misterio de los panes y las rosas. Así la dote es insuficiente… Habrá de ser una conversación más instructiva, y ojalá provoque un agrado duradero.

-Pellízcame si no despierto- le diré, cogiéndola desprevenida.

Porque cuando las mujeres dejan de ser hermosas y quieren seguir su camino siempre hay una última vez. No puede dilapidarlo todo inclinándose hacia su sola gracia. Tiene bondad, y ha de ser mi prostituta mercenaria. La madura debe llevarme a mi doncella. Todo amor que no sea loco es una pérdida de tiempo. Unirse para darse a los tóxicos, chocar asiduamente y posibilitar tristezas hace más largas las noches. Ya sé de furias y de manos de obra desaprovechadas… La batalla está en los restos. Me aferro a ir optimizando esa rutina poco a poco a base de esforzarme con precaución. Compareciendo lentamente nos quitaremos días de cárcel juntos… Intento ser consciente de lo que no sé: hasta ahora, desde que la saqué de aquella planta, cancionero a cuestas, parecemos alérgicos.

Otra opción es aceptar el maceterío de mi madre y que se mueran las plantas, absorbiendo el mal fario. Darse a esa nueva realidad no sé si cambiará la situación… Desde una libertad absoluta no lo creo conveniente, pero siempre hay quien lo piensa.

-Pinta tú- me dijo la limpiadora, ganando tiempo y cambiando el debate, ayudándome en definitiva, aunque no me lo pareciera en su momento.

No di pie a ese bucle de retroalimentación negativa. Ese planteamiento lo consideré catastrófico. Lo más significativo es que hube de posponer el día clave cuando me impactó el resultado según sacaba la copia del coche y la preparaba, y eso que al margen de los útiles que llevaba escamoteados dentro del cubo de la fregona, del maletero no brotaron palabras presas. Iba solo. Y construí un futuro sin memoria, como si no hubiera hecho bien los deberes, habitándola nuevamente en casa.

Prácticamente le retoqué todos los desconsuelos, y aun así la desviación final. Obviamente si se mira para otro lado… Claramente no pinté todo lo bien que debiera. El efecto evidente es que cedí a su proposición, asumiendo el coste.

Veinte minutos antes, ella se ofreció a autolesionarse: -No creo que yo pueda– se justificó -hazlo tú solo, volvamos a las sábanas.

Como si fuera la pieza clave de mi harén, le dije –sin mí tus salarios son nada.

E hizo una tontería, procurándose daño en un brazo. Mínimamente, pero lo hizo,… lo cual complicó que variase mi iniciativa. Sólo con ese condicionante introdujo una dosis de presión indiscutible… Hubo muchas veces que no me apetecía, si bien, ligando su mal éxito, culpable y sucia sacié la urgencia sin darme a más preguntas… ¿Qué ocurrió en su cabeza?, ¿por qué me falló?... ¿Por qué vetó la gargantilla?

Todos los posibles estímulos también deben ayudarme con ese farragoso perfil de Catalina. Hasta que no sepa toda su verdad, deliciosamente tonto, seguiré hablándole con franqueza y escondiendo la piel de oso, tal que:

-No puedes irte, es completamente absurdo negarlo. Ignoro cuánto durará esto, debería ser rápido. A mí también me interesa que sea más bien pronto que tarde.

Inmóvil, no debería porfiar. Sé que sus labios no serán nunca floridos, ni que en sus mejillas hallaré colores o que se dé a una euforia. Lo que quiero es que el trato no sea un eterno plebiscito, desafiándome con su estrella fija.

En una noche como esta, voy a tener que hacerlo. Es justificado el respeto, el miedo, no así los cristales mentales. Si solvento este drama de la histórica Santa, no me desquiciaré cuando en el trabajo y el vacío administrativo sin parangón, mis sugerencias, comentarios u órdenes resulten una pantomima, quedándose sólo en correos a modo de voces sin escuchas… Dudo que esto les pase a las hormigas. Las horas no les son gratuitas. Las hormigas trabajan todas y no precisan de juntas, comisiones, difamaciones o calumnias, cada una es responsable y muda sus expedientes; se forman ocupacionalmente, nada les es imposible, incluso los agujeros tapados… y siempre tienen un futuro inmediato. El pasado les es un trampolín. Se impone esa prudencia, nuestro sino no puede correr tan al contrario…

Reafirmo a Ingrid Bergman, bajando hacia ese sótano, pareciendo una viuda alegre de las que comen siempre de *catering* sin que le sea indecente, escuchando así esa medida por medida o algo parecido con una cierta sensación agridulce de alivio propio venciendo a la decepción, en mi derecho a decidir…

Perplejo, junto a los escalones, respetuoso no leo eso de la residencia, tal que "*Envejecer es como escalar una gran montaña: mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada es más libre, la vista más amplia y serena*". Estrictamente intentando vivir, encuentro que busco morir. Sigue muy territorial, está perfectamente teñida de sorpresa… y buscando la muerte, encuentro la vida: me da una posibilidad.

-Dejemos que venga- reparo en un violento arrebato, sobreviviendo aún medio escondido, con un pie en la escalera y otro en el piso. Me lo digo yo, no la muda, librando ese esparcimiento, maldad, propósito y testigo protegido.

Tras uno de los primeros pasos -Estamos donde estamos- digo en alto, apoyándome en la pared en nuestra transversalidad, refugiándome del desconcierto, aquí abajo, jugando a cambiar las estaciones.

Ella está sepultada. Una parte de mí la sacaría de ese refugio ya mismo, y no veo venir su convulsión… aunque sigue muy penosa en esos ingratos estampados…, no quiere ponerse en mis manos.

–Tu influencia no puede ser esta- añado sin un lenguaje de reyes. –Es lógico pensar que esta casa no tiene el atractivo de ese museo o de cualquier otro, lo que sí tengo muy claro es que aquí tienes tanta o más importancia que en cualquiera de los mismos. Mi corazón estará siempre a vuestro servicio- valoro menesteroso.

Ella no asoma, sigue hoy como ayer, pero loco y cuerdo no me voy.

-A veces, cuando te miro,… tengo la sensación de que eres algo sórdido- pongo en cuestión.

Indisimulada, parece indolente.

-No quiero saber lo que hay detrás de ti, no te discutiré. No puedo permitir que la luz disminuya más, no te pierdas en esa superficialidad emperatriz. Poco antes de anochecer me asomo y siento tu reja, tu pulso… y sé que me echas la culpa.

El bloque no se mueve, guste o no guste.

-Recuerdos, hospitalidad, todo cabe- incido.

Como si nadie existiera, totalmente me obvia.

-No quiero que nos volvamos más viejos- persigo su utilidad en una falsa felicidad. Lo que se dice, lo que se calla, no enjuga mis dedos: trabajan solos.

Aprieta su desazón. Me llevo la mano más debajo de la frente. Siento un nudo por donde debería estar la corbata… Espero. Y me doy a una obligada sinrazón, aunque le sean palabras ingratas:

"Podrán las hojas marchitarse, podrá nevar cada día, lo que no podré yo nunca, será hacerte depender con un discurso tan hueco, humilde y ufano como el de esa mujer que me he vuelto a cruzar... Es tan inteligente que puede escuchar las palabras que no acierto a pronunciar. Lo hace desde algunos años. Empezó en una mañana de tantas, al cruzar el semáforo del parque que me conduce al trabajo. Ella esperaba a que alguien pasara, y pasé. Desde entonces, cada vez que no estoy a su debido tiempo me recrimina… Creía haberla olvidado, hasta que el aspaviento y su más que audible – ¡Ya no nos vemos!- con los cascos de música siempre puestos, nos volvió reconocibles. -¿Qué hora llevas?- me recriminó fuertemente. Su interés me resultó el infinito más cercano. Contenía alegría y queja, desesperación tal vez… Y me volvió a sentir, porque no le espeté a que me olvidase, me detuve secreta y calladamente. Ella es de las que siempre se lo dice todo, se ve que lleva una madre dentro que la saca como puede. Ni degollado ni ciego, me preguntó -¿vives por aquí? Para de inmediato, tras girar mi cabeza hacia lo alto de ese otro semáforo que nos unió en ese cruce, yéndoseme al muñequito la vista, arrancarse solita como de costumbre con su –adiós, dale recuerdos- y vencer al arte de pasar de todo siguiendo su camino y obligándome a hacer lo propio dejándome con los ojos sumergidos en lo infartante del encuentro… Pues eso te digo mi Catalina, que podrás olvidarte de mí pero no de los recuerdos, que

podrás darle llanto a este hombre por tu mirada escondida de imagen falsa, pero que es tan solo una etiqueta; cada vez que me cruzo con esa mujercita del semáforo vuelvo a ser joven. La labor humanitaria la hace ella conmigo, soy yo el que renace con su chisporrotear sentido. ¡Hasta regañándome me convence de que se puede!... No seamos retratos. Es que me ve y se le disparan las manos a quitarse los auriculares, sacándose esos barrotes para dar cabida a su intuición reivindicativa con una extraordinaria dignidad; sueños y mentiras me cuenta en plan heroína anónima… Quiero que seas ese mensaje, no una fuerza represora, ¡jamás te haría daño mujer! Hube de encerrarte en un cajón sólo para traerte, llámame la atención tú también, vuelve a ser aquella mujer de vanguardia".

Ella, cual objeto que predice la presencia, no ha visto gracia que sí sonido. Entiende felinamente el principio de causa y efecto. Agudamente sigue escondida, le soy presa: me estudia. Y como que espera a que me caiga o no, estoy desfallecido. Infiere la existencia o la falta.

No son horas como para mover los pocos muebles que hay en el sótano, ni me cabe más turrón. El tendedero rebosa camisas, la mesa de escritorio todavía deseos, el sillón con su sábana blanca me aguarda paciente, el biombo no esconde para nada, y de los farolillos cualquiera prende el cabo de una vela no vaya a ser que centellee… Perfecto colaborador, subo a la azotea para no darme a la significación violenta, a soñar con África,… asomando la cabeza por entre los ventanales de la buhardilla, como si me preocupase que la Tierra dejase de girar, siendo un ángel negro.

Feria de tinieblas

Tarareando la “Rosa del dormir”, su canción de cuna preferida, Silvia no dejaba de tocarse el cuello en busca no ya de ese ruido blanco que le producía la falta del tacto de la cadena que le regaló su tía, sino del robo que hubo de procurarle cuando aún las sábanas azules con encajes en el embozo las sostenían a ambas calientes bajo el amasijo de esas manos angelicales y la inmediata pérdida. Eran pequeños contrates que componían la otra parte de la sinfonía. Y al tiempo, la chaquetilla de panadera entreabierta potenciaba la ilusión de los sentidos. Enfebrecida y bebida, cegada en ese amor minúsculo, enlazaba una resaca con las siguientes. Ahora bien, lo que más impresionaba era el temple. Valery en eso tenía mucho que ver, quizás, porque siempre le transmitía de un modo muy sibilino que había que exigirse más.

Ese cuerpo tendido, en tono sonrosado y con un desplante afrancesado, contenía el dolor de las manos de la niña rebelde. El champan y las velas consumidas no eran más que la sensación de vivir en la cuerda floja, una mezcla singular de lo antiguo y lo moderno, y una maravillosa rutina. El resplandor que se vertía sobre el apaisado desnudo de la recostada, dejaba a Valery casi tan bella como a su dueña, la asesora, modelo y fraudulenta hija, hermana y amiga. Su teléfono pitaba y pitaba, chapoteando como un pez fuera del agua, avisando enardecido. Así llevaba mes y pico, camino de las seis semanas, entre el percentil de su cama madrileña y la del pueblo. En tierras de su querido Cádiz había otra gaditana que vivía muchas vidas: la que tenía igualmente un discurso hueco, y sabía perfectamente que era el momento de ser más humildes que nunca. Su madre, compinche en esa conducta inocente

del “alguien desaparece, alguien miente”, hacía planes imposibles albergando la vuelta de su cría, la predilecta. ¿Dónde?... donde mueren todas las mujeres, en su pueblo.